

## ...Y EL POETA DIJO:

—¿Cómo lo quieres hoy, mi dulcísima y encantadora Ninón?: ¿rojo, que trate de choques, combates, duelos, sangre y muerte? ¿azul, que hable de dichas inenarrables, de amores que nunca declinan, de ninfas, náyades y *pescañores* afortunados? ¿ó verde, que encienda en fuego de deseos el corazón y recuerde á las bellas, generosas y complacientes que se llamaron Safo, Friné, Aspasia y Popea en la antigüedad, y más recientemente La Valliery, la Montespan ó la Dubarry?

—¡Oh, mi inspirado y sugestivo poeta, siempre alegre y decidior, á todo instante animado y vivo! Verde y bien verde lo quiero. ¿No están verdes los campos? ¿no están los árboles verdes? ¿no son los ojos verdes los que más te seducen y dominan? ¿no es verde el color de la esperanza?

—Pues ahí va:

«Linda estaba bañándose en el gran estanque de mármol del jardín, entre sus cisnes y sus gansos, sin túnica ni cendal, besando y acariciando á sus amigos y enamorados; y detrás de los gruesos sicomoros, ocultos por las enredaderas de boj, mirto y parietaria, contemplábanla, absortos ante tanta belleza física, D. Trifón, el rico y opulento ex-almacenista de ultramarinos, al cual conocen en el lugar con el mote de *C... de oro*, y Juanito, el guapo y arrogantisimo primer Teniente de Caballería, que ha ganado más batallas invocando á Cupido que á Marte.

—¡Qué hermosa es!—exclamaron los dos á un tiempo. Y sin advertirlo ni haberse puesto de acuerdo, encontráronse hombro con hombro en su escondite.

—¡Ah! ¿Usted aquí Juanito?—balbucoó, un tanto cortado, D. Trifón.

—Si, señor—respondió emocionado y con el rostro encendido el primer Teniente—. ¿Y usted también aquí, D. Trifón?

—Sí, hijo mío; y el espectáculo bien ves que vale la pena.

—Ya lo creo—agregó Juanito—; mire usted qué cadera tan admirablemente hecha; vea esos dos globos que invaden el pecho; contemple usted esas pantorrillas, que parecen hechas por Miguel Angel.

—Es verdad—murmuró D. Trifón, desabrochándose el cuello de la camisa, que le apretaba como un garrote—; es una perfección, es un hechizo. ¿Has reparado cómo corta el agua al nadar boca arriba, y cómo semeja una ondina al precipitarse en el fondo?

—Bien lo veo todo—dijo Juanito—; y veo también que está usted muy sofocado y que debe retirarse, no vaya á causarle daño esta escena.

—No te preocupes, hijo mío—repuso el viejo D. Trifón—; á todo estoy acostumbrado, y en estos lances me he visto muchas veces y siempre he salido perfectamente. El que debe irse eres tú; tú, que eres joven y vehemente y te hierva la sangre y puedes congestionarte. Oye, toma mi consejo: evita esta clase de peligrosos pasatiempos y no disgustes á tu mamá.

»Pero ninguno de los dos quiso marcharse; antes bien, se aferraron á su sitio como si de pronto hubieran echado raíces, y siguieron mirando á Linda, cada vez más coquetona y alegre, que ora se extasiaba en el cristal de las aguas contemplando su cara de huri del Profeta, ora agitaba su espléndida cabellera negra, que la cubría como un manto de terciopelo, ora quebraba las inmóviles ondas olvidada de sus desnudeces, entregada al placer de sentirse descada.

»El viejo y el joven, persuadidos de que ninguno de los dos cedería el campo, convinieron en presentarse á Linda, formular su petición, y someterse, sin recursos de alzada, á su sentencia.

—Perderá usted—dijo gozoso Juanito—. ¿Cómo resistir mi juventud y mi vigor?

—Perderás tú—exclamó D. Trifón—. ¿Cómo resistir mis riquezas y mi experiencia?